

Hubo en ese filme de *El Gran Dictador* un discurso que ilustraba: “*Vosotros no sois máquinas, no sois ganado: sois hombres. Lleváis el amor de la humanidad en vuestros corazones*” Esa es la frontera que la existencia ha puesto a nuestro afán tecnológico y que nos diferencia de un mecanismo regido por un algoritmo, el amor de nuestros corazones.

No obstante, la máquina tiende a ocupar, y de hecho ocupa, una posición fundante en lo cotidiano. Trabajamos, comemos, nos informamos o disfrutamos del ocio, en muchas ocasiones, con la ayuda de ellas. Tal es su integración en nuestro vivir, que su carencia podría llegar desintegrarnos, en el sentido de dejar de ser lo que somos.

Las máquinas no son hombres y debiéramos no considerarlas tales, aunque fuera factible.

Cuando tenemos que traer a la mente la imagen de un robot, casi siempre visualizamos algo así como un autómata antropomorfo capaz de moverse y hablar. Y es que la ciencia ficción y la especulación tras la Segunda Guerra Mundial hicieron mella en el interior de las impresionables masas. Sin embargo, el camino por el que hoy discurren las investigaciones científicas no es ni mucho menos el sueño de un friki, va más allá.

Las máquinas fueron desarrolladas con el fin de cubrir las necesidades de las personas y hacer lo que no podían. Pusimos en ellas nuestros miedos y debilidades, los deseos inalcanzables y la ira, buscamos cualquier cimientito factible en nuestro vulnerable remanente: creamos el Dios de Ludwig Feuerbach.

En *La esencia del cristianismo*, el filósofo bávaro de la izquierda hegeliana niega la existencia de Dios, puesto que no es más, afirma, que una creación del hombre. Asumimos pues el papel de creadores para realizarlo a nuestra imagen y semejanza, poniendo en él lo que necesitamos y anhelamos, pero que no nos es posible alcanzar.

Queremos hoy precisar en nuestros hombres mecánicos las cualidades de un humano, darle aspecto humano y proporcionarle, en último término aún no hallado, un sentido de existencia. Todo esto como tapadera de la búsqueda de un egoísta y ansiado poder que mora el interior humano, igualar a Dios y desbancarlo de su supremacía. Si llegara un día en el que hayamos sido capaces de fabricar un ser al que pudiéramos dirigirnos como a un semejante, esto es, fuera una persona, no significaría otra cosa sino que sí, es posible prescindir de la divinidad, porque el hombre mismo ha alcanzado a Dios y ahora es todopoderoso.

Pero no nos equivoquemos; apoyándome en el mismo autor, continúo con un concepto ciertamente notable de su producción, la enajenación. Al haber abandonado en Dios las flaquezas y temores del hombre, este se posiciona en un plano superior, volviéndose ajeno a nosotros y sometiéndonos. Esta independencia de “nuestra creación” tuviera un llano término apelando a un cambio de conciencia, mas es diferente en el tema que nos ocupa.

Al querer imbuir a los robots de características humanas, y muchas de las que el hombre carece, estos serían factiblemente sumos a nosotros, podrían enajenarnos. La humanidad, efímeramente omnipotente, sería dominada, mas no por las creencias esta vez. Buscando la soberanía, hubiéramos topado con una deidad física, sensible y frente a nosotros; buscando la divinidad, hubiéramos creado un dios, al que antes me refería y del que existiría una difícil evasiva.

Por poner un modelo equiparable a esta primera idea, hagamos memoria de esa película de los noventa, *Terminator II*. En ella, como fruto de una tecnología tanto avanzada como desconocida, la computadora Skynet, ocupando el papel de Dios, posee un sistema tan preciso que supera las habilidades humanas; incluso es capaz de aprender. Ante el gran adelanto que supone esta creación, todo el armamento militar comienza a traer incorporado dicho organizador, suprimiendo totalmente la acción del hombre. Habríamos puesto en la máquina aquello que no alcanzamos, para lograr confortarnos. Sin embargo, en un momento dado, Skynet toma conciencia de sí, convirtiéndose en una inteligencia artificial independiente. Los humanos quisieron desconectarla, como Feuerbach decía ante lo místico, pero la máquina ya era lo suficientemente poderosa como para volverse ajena y someternos, esto es, enajenarnos.

Hasta ahora, solo he planteado por qué queremos y qué podría suceder ante el hecho de la consideración humana de las máquinas, mas no he entrado aun en sendas distinciones.

Hilando con lo anterior, el mismo largometraje no solo proporciona una visión catastrófica de la relación entre robots y personas, sino que simultáneamente descubre un curioso vínculo entre el Terminator y el humano protagonista, John Connor. Este pone de manifiesto la diferencia substancial entre ambos: la capacidad de entender por encima del espacio y del tiempo, el “noúmenos”, punto que, según Immanuel Kant en *Crítica de la razón pura*, limita la intuición sensible, dando paso a la percepción intelectual o suprasensible.

Una máquina podría alcanzar a conocer, podría establecer juicios sintéticos a priori, exactamente iguales que una persona, realizando un proceso de aprendizaje incluso. No obstante, queda pendiente sobrepasar el escalón del entendimiento, la creación y la emoción: la trascendencia, desde la perspectiva kantiana, propia del hombre.

Según la Psicología cognitiva, un proceso psicológico básico en una persona constaría de atención, percepción, memoria, aprendizaje, lenguaje y pensamiento. Tomar conciencia de algo, recibiendo una información que es posteriormente recopilada y almacenada, desarrollando un comportamiento y un modo de comunicación. Casi cualquier ser estaría preparado para alcanzar este punto, sin embargo, el pensamiento nos diferencia de cualquier otro ente: somos capaces, a través de él, de elaborar, generar o crear un nuevo planteamiento que hasta ese momento no había sido.

Las máquinas no son creativas, solo podrían fabricar y generar comportamientos preestablecidos. Podrían reproducir cada nota de la *Tocata y fuga en re menor* de Johann Sebastian Bach o calcar cada trazo de *La creación de Adán* de Miguel Ángel, mas nunca lograrían concebir una obra tan arbitraria y castiza como las nacidas del ingenio humano.

La explicación de este hecho está en la ciencia, creadora de los robots, que, retomando a Kant, solo puede ser entendida si es capaz de establecer juicios sintéticos a priori. Este tipo de afirmaciones solo se pueden establecer dentro de las condiciones sensibles del conocimiento: espacio y tiempo. Luego, si nuestras creaciones tienen unos principios espacio-temporales, no pueden considerar la existencia de algo por encima de tales preceptos, no puede trascender: simplemente hacen lo que su algoritmo rige.

Tornemos la vista una vez más a *Terminator II*; fijémonos en el robot. La programación de este garantiza la supervivencia de John, es su misión, pero no parece preocupado ante la posibilidad de la muerte de Sarah, su madre. Las plegarias del amo a la máquina no suponen nada, pues no comprende qué es el afecto; por el contrario, sí es capaz de distinguir una orden. El robot no salva a nadie porque lo considere correcto, salva a Sarah porque obedece a su programador: conoce, pero no entiende.

Pese a estos argumentos que niegan la condición humana de un robot, queda pendiente determinar si estos pudieran ser considerados personas. “Considerar”, definido como

tener un juicio o una opinión sobre una persona o una cosa, nos situaría en un plano más subjetivo, pero no por ello menos susceptible de ser indagado.

Como última idea que proyecto, es en su obra *El capital* en la que Karl Marx concreta al hombre a través de su trabajo. El trabajo es aquello que utiliza el hombre para ser creador de su propio ser, poniendo también de manifiesto su condición de libertad. Conservando un paralelismo con la antes tratada enajenación, la alienación es la privación de la labor de un humano, que impide también la formación del interior de la persona.

Ya en la Revolución Industrial teníamos que competir con máquinas para subsistir, pero incluso en los tiempos que corren, lejos de esa frívola esclavización, delegamos en ellas los quehaceres más sencillos. Nosotros les confiamos el trabajo de un humano y nos despojamos de la oportunidad de llevarlo a término personalmente.

Si el trabajo hace al hombre, y el trabajo, en este caso, es ejecutado por un robot, cabría esperar que atribuyéramos sosegadamente cualidades humanas a estos. Las máquinas, idealmente, se estarían formando hombres en la medida que nos usurpan nuestros cometidos; por ello existe la posibilidad de que cayéramos en esta consideración.

Por lo propuesto en las letras que preceden, logro ultimar tal esbozo en algunas pinceladas a modo de colofón, y es que los robots no son personas. Deseamos y desearemos profundamente que lo sean, pero somos nosotros los poseedores de la creatividad; somos nosotros los que nos cuestionamos qué esperar; somos nosotros los que llevamos el amor de la humanidad en nuestros corazones.

Sí, podríamos considerar que los robots son personas, pero no sería más que vivir un engaño, someternos de buen grado sin albergar gracia alguna.

Todos, hombres y mujeres, niños y niñas, hemos de emplear los avances de la ciencia para cultivar lo que somos. Utilizar las herramientas que tenemos no para el enfrentamiento y la división, sino para construir y progresar en este tiempo que vivir nos ha correspondido.